



Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores, graduados y alumnos

10, 11 y 12 DE NOVIEMBRE DE 2008

Departamento de Filosofía
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
ISBN 978-950-34-0578-9

La fragilidad del pueblo. Una lectura polémica sobre la reciente obra de E. Laclau.

Maximiliano Garbarino
FaHCE-UNLP
maxigarbarino@hotmail.com

1. Introducción.

En 1985 Ernesto Laclau junto a Chantal Mouffe presentaban su libro “Hegemonía y estrategia socialista” que inmediatamente fue tildado de posmarxista, denominación que luego reivindicó Laclau (Laclau, 1996). Básicamente emprenden allí la deconstrucción del marxismo. Uno de sus ataques centrales se dirige al “esencialismo de clase”. Esto es, atacaron la idea de una positividad social –la clase- que de algún modo prefigura las lógicas políticas que entran en juego. Las ideas asociadas de “determinación en última instancia por la economía” y la metáfora “base-superestructura” son desarticuladas en este libro, que termina por sostener la contingencia de las identidades sociales. En vez de entender a las identidades como algo dado por una estructura social, las entienden como construcciones y disputas hegemónicas sin remisión a ningún fundamento social que predetermine el juego político, dándole así al concepto de hegemonía una dimensión ajena a Gramsci.

Por tanto, no existe para ellos ninguna lucha que tenga privilegio ontológico sobre las demás. Una formación social es susceptible de diversos puntos de rupturas todos tan importantes como cualquiera en principio. Su relevancia dependerá de la articulación hegemónica que desarrolle.

Todo elemento social es para Laclau un elemento discursivo. Al respecto dice Laclau que no entiende por tal los fenómenos del habla o de la escritura solamente, sino toda lógica dónde no existen términos positivos, sólo diferencias. En la sociedad “...algo es lo que es sólo a través de sus relaciones diferenciales con algo diferente... no existe más allá del juego de las diferencias” (Laclau, 2005: 93). Lo social tiene entonces una lógica discursiva. No hay *a priori* que fundamente el todo social. El carácter contingente de toda formación indica, entre otras cosas, no una aleatoriedad o anarquía de las identidades sociales, sino que las identidades son puramente relacionales y que nunca logran constituirse plenamente.

En su reciente libro *La razón populista*, Laclau aborda el análisis del fenómeno populista partiendo de la idea elemental de demanda. Comienza entonces, no por los grupos sociales constituidos –sino el populismo resultaría sólo un epifenómeno-, sino considerando al populismo como una forma de constituir la unidad/identidad del grupo. El pueblo no es una expresión ideológica sino una relación real entre agentes sociales.

Una demanda es un reclamo puntual que alguien le hace al “status quo”, es una dislocación social que se enuncia como demanda al “sistema”. En determinadas ocasiones esas demandas son reabsorbidas por la sociedad (son satisfechas de alguna manera). Cuando esto pasa se dice que prima una lógica *diferencial*: la demanda es tratada en su particularidad, independientemente de otras.

Pero cuando en un régimen proliferan las demandas insatisfechas (demandas que pueden ser muy

heterogéneas entre sí), surge la posibilidad de articular esas demandas. En este caso se dice que se forma una cadena de *equivalentes*: las demandas son equivalentes, no porque sean iguales o porque tengan algo en común, sino porque son demandas dirigidas al mismo punto. Estas demandas para constituirse en una cadena de equivalentes deben estar ordenadas por un significativo vacío: una demanda que pierde mucho de su contenido original pero funciona como condensador de todas las demandas. La “justicia” por ejemplo puede representar diversas demandas. “Pan, paz, y tierra” la consigna de la revolución rusa (populista en términos de Laclau) no se restringía a su contenido literal –que por otra parte sería imposible designar- sino que condensaba a las demandas de la sociedad rusa en general.

Esta lógica implica la división del campo social en dos. Por un lado el “pueblo” que no precede a la articulación de las demandas sino que se constituye en este mismo acto, y, del otro lado, el régimen –la oligarquía, el imperialismo, etc.-

Claro que la equivalencia no anula la particularidad de cada demanda. Si desaparece la particularidad la articulación pierde sentido; si prima demasiado, la articulación no tiene lugar. Esto genera una serie de fenómenos interesantes sobre la estructura del “pueblo”: cómo se estructuran estas equivalencias, qué tan heterogéneas son entre sí las demandas, etc.

Ahora bien, Laclau deja en claro que estos conceptos sirven para dar cuenta de la dinámica política en general, desde un punto de vista *ontológico*: explican cómo se articula cualquier formación hegemónica. Así, la construcción discursiva del antagonismo social tiene un rol ontológico. Pero esta función puede tener diversos *contenidos ónticos*: una articulación populista puede ser, por ejemplo, tanto fascista como comunista. Es “sólo” una diferencia óntica, sin valor desde el análisis ontológico que él hace aquí. Qué contenido se imponga, resulta de una lucha hegemónica, no de un *a priori* social o de una Filosofía de la Historia. La necesidad ontológica de una articulación equivalencial de demandas puede resultar en diversas formaciones ónticas de signo político opuesto.

Por un lado, entonces, está el plano lógico-ontológico: cómo funciona un significativo vacío, cómo se constituye un campo antagónico, etc. Pero toda lógica está encarnada en cierta formación concreta, esto es el plano óntico.

Uno de los puntos interesantes de sus intervención es la que trata de, entre argumentos lógico-ontológicos e históricos (no del todo diferenciados a nuestro entender) dar cuenta de que la dinámica social no es inmanente; y de que lo heterogéneo está siempre presente en las demandas particulares¹, por lo que, toda dinámica social es hegemónica, todo surgimiento y articulación de demandas es pues contingente, resulta de la lucha hegemónica. Lo social y lo político, por tanto, coinciden.

No existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. El requerimiento de lo político es la convocatoria a la construcción de nuevos sujetos de cambio social, para bien o para mal. Para resumir: las precondiciones del populismo son entonces: formación de una frontera antagónica; articulación equivalencial de demandas; y por último, una precondición que no surge sino hasta que hay cierto grado de movilización: “la unificación de estas diversas demandas –cuya equivalencia, hasta ese punto, no había ido más allá de un vago sentimiento de solidaridad- en un sistema estable de significación” (Laclau, 2005: 99). Por lo tanto, entre el significativo vacío y la cadena de demandas hay una formación discursiva que le da cierta solidez –que llamaremos en adelante *formación discursiva popular*-. Poco dice Laclau de esto.

La construcción de lo social, para Laclau, gira en los extremos de la equivalencia y la diferencia. La lógica equivalencial es la populista. Pero también existe la lógica de la diferencia, como dijimos, que consiste en tomar las demandas de forma aislada, en su propia diferencia, para ser satisfecha. Esta forma no exige un campo antagónico, sino todo lo contrario. Pero no hay que tomar estas lógicas de modo aislado, cada una presupone la otra y en realidad es sólo el primado de una, y no la exclusión, lo que dicta la forma de articulación social.

Lo propiamente político es para Laclau la construcción del pueblo. Pero si no hay fundamentos de lo político, sino que toda formación hegemónica es contingente, el acto de constitución del pueblo es tan profundo como vacío. Sobre la fragilidad de su constitución nos detendremos ahora.

¹ En una demanda hay algo que se reclama al “sistema”, algo que puede ser enunciado. Pero también hay algo que escapa a la formación hegemónica, un exceso que busca ser satisfecho dislocando la formación.

2. La fragilidad del pueblo.

Es interesante registrar los diversos ejemplos de la “fragilidad del pueblo” que desarrolla en *La razón populista*. Estos, tratan de ilustrar los diversos modos en que se manifiesta la fragilidad. Al no haber algo así como un sujeto privilegiado de la acción política, y al no ser ninguna identidad ni más ni menos que una articulación contingente de demandas, inscriptas en un sistema de significación, la construcción parece de lo más frágil. Si es cierto que la construcción del pueblo es lo eminentemente político, también es cierto que es una acción hegemónica que depende –dejemos de lado la acción hegemónica también del enemigo- de un fino equilibrio entre la función universalizante del significante vacío y la serie de demandas que se articulan. Uno de los casos que analiza Laclau² es el de la revolución kemalista. En este caso se construye una frontera antagónica pero el pueblo (la “nación” en este caso) se intentó hegemonizar bajo una identidad abstracta. Este intento de homogeneizar al “pueblo” sin tener en cuenta las demandas particulares termina siendo demasiado forzado para poder convocar al pueblo de modo sostenido. Terminó siendo un populismo sin pueblo, donde las tareas “populares” quedaron en manos del ejército.

La tensión entre la lógica equivalencial y la diferencial también es un caso interesante. En un *Estado en expansión*, la lógica diferencial puede desbaratar fácilmente una cadena de equivalentes (quizás podamos pensar la reconfiguración de los movimientos de desocupados en Argentina en este registro). Esto es, si el Estado tiene capacidad para satisfacer demandas, puede desbaratar cualquier cadena posible.

Pero también un significante vacío –tendencialmente vacío- muy estrecho, que conserve mucho de su contenido particular, tampoco podría convocar al pueblo ya que no podría incorporar una serie de demandas grande. Y es sumamente importante entender que son las propias demandas ya incorporadas las que pueden poner límites, que pueden hacerse incompatibles con otras, y así estrechar la convocatoria. Pero no sólo las demandas incompatibles entre sí pueden cerrar la cadena de equivalencias: un ejemplo interesante es el del populismo norteamericano, cuya formación ideológica impedía incorporar a los negros y asiáticos. Es decir, el espacio discursivo de inscripción de demandas dejaba afuera a priori a parte de la población pobre, con lo cual, la construcción del pueblo tenía un límite.

Y, finalmente, una serie de demandas, una cadena, muy grande bajo un significante demasiado vacío (el ejemplo que da Laclau es “Perón” durante la resistencia) colapsa cuando las propias demandas puntuales entran en colisión entre sí. Es decir, cuando el significante se vuelve demasiado vacío cada demanda de la cadena no coincide prácticamente en nada con otra³. El pueblo estalla al intentar satisfacer demandas totalmente heterogéneas. Al parecer, cuanto más amplia la convocatoria, más frágil el pueblo.

Para comprender esta lógica de inscripción de la demanda y sus avatares subsiguientes tengamos en cuenta que “para cualquier demanda democrática, su inscripción dentro de una cadena equivalencial constituye un arma de doble filo. Por un lado, esa inscripción sin duda otorga a la demanda una corporeidad que de otro modo no tendría: deja de ser una ocurrencia fugaz, transitoria, y se convierte en parte de lo que Gramsci llama una “guerra de posición”, es decir, un conjunto discursivo institucional que asegura su supervivencia en el largo plazo. Por otro lado el pueblo (la cadena equivalencial) posee sus propias leyes estratégicas de movimiento, y nada garantiza que estas últimas no conduzcan a sacrificar... los contenidos implicados en alguna demanda particular (Laclau, 2005: 117)”. Esto es así porque cada demanda está ligada a la otra por una cadena equivalencial que resulta de una construcción discursiva contingente y no de una convergencia a priori. El populismo para ser “pueblo” necesita entonces de una formación discursiva popular que lo sustente y sea también un campo de negociación de las demandas.

Ahora bien, si el pueblo es frágil “por naturaleza”, cualquier identidad también es contingente, esto está claro en función de la idea que maneja Laclau de discurso, formación discursiva, etc. Pero si bien esta es una argumentación que transcurre en el plano ontológico, es decir, de la lógica hegemónica, también despliega Laclau una serie de argumentos de corte histórico para sostener su idea de hegemonía y de contingencia de las identidades.

² Estos casos están tratados en el capítulo 8 de *La razón populista* (2005).

³ Y así el “pueblo” registra demandas que van desde la izquierda a la derecha del espectro político.

4. Argumentos históricos.

Su argumentación de corte teórico deconstruccionista suele estar solapada con argumentos de corte histórico: en las sociedades contemporáneas las identidades son efímeras. En sus discusiones con Žižek, Laclau aclara un poco el alcance de sus tesis. El punto fundamental de desacuerdo puede ser situado de la siguiente manera: para Laclau, todo elemento de la sociedad tiene un carácter discursivo. Esto implica, insistimos, que no existe una función/definición positiva de un elemento social. Toda formación social es hegemónica, entonces, en el sentido de que es una articulación contingente. No tienen cabida aquí nociones como “modo de producción” o “determinación en última instancia” como decíamos.

El desacuerdo, desde esta perspectiva, es que mientras para Laclau toda lucha surge como un disloque de un punto de esta estructura contingente, para Žižek no todas las luchas son en principio equivalentes. En la serie de las luchas (feministas, ecologistas, indigenistas, de clases, etc.) hay una que determina toda la serie: la lucha de clases. Es el horizonte dentro del cual aparecen las demás. Asimismo, “lo que la serie (de luchas) raza-género-clase oculta es la lógica diferente del espacio político en el caso de la clase: mientras que la lucha antirracista y antisexista es guiada por el esfuerzo por lograr el pleno reconocimiento del otro, la lucha de clases apunta a superar y someter, incluso aniquilar, al otro... la lucha de clases apunta a la aniquilación del rol sociopolítico del otro”. (Žižek, 2005: 73)

Pero también en la discusión aparecen argumentos de corte histórico: la complejidad y los cambios constantes en esta sociedad provocan que las identidades sean cada vez más efímeras, los puntos de dislocación proliferen localmente. No sólo eso, en particular, la identidad de clase es insostenible ya que no se registra la homogeneización que suponía el marxismo, es decir, la sociedad no está compuesta sólo, o en su mayoría, de obreros y capitalistas. Y además, “no hay ninguna tendencia objetiva en la sociedad que indique que esto puede ser así” (Butler, 2003: 301). La apelación a las tendencias objetivas ciertamente es un poco disonante en principio.

Entonces, por un lado no hay prioridad ontológica de ninguna lucha, por otro, la identidad de clase es dato histórico-contingente, que no se sostiene. No parece haber, en las formaciones hegemónicas actuales, una tendencia hacia el aumento y la homogeneización de los trabajadores (¿eso debemos entender?). El hecho de que sostenga ambas líneas de argumentación, y en más de un caso, solapadas, indica que con sólo el argumento ontológico, digamos, no basta. Porque precisamente, la identidad es una construcción hegemónica.⁴ El esquema de Laclau nos permite afirmar entonces que si todo pueblo es frágil, si toda articulación popular es igualmente amenazada desde el punto de vista ontológico, no parece ser así desde el óntico.

5. Deconstrucción del relato marxista.

Otra línea de argumentación, como veíamos en la introducción, es la deconstrucción del relato marxista. Sostiene que el marxismo, siempre que tuvo éxito práctico, violó sus principios lógicos (primacía de la esfera económica, determinación esencialista de las clases sociales), y esto es un síntoma de su falsedad.

En su deconstrucción Laclau sostiene que el esencialismo de clase es un elemento fundamental: todo lo que se diga o se proponga dentro del universo marxista tiene como remisión última a las clases sociales perfectamente determinadas, con una identidad rígida dada por su interés de clase⁵.

De hecho, podríamos decir, el concepto de hegemonía surge en estricta relación con el esencialismo de clase. Significa la dirección de la clase trabajadores sobre el campesinado, dirección necesaria si se quiere triunfar. De tarea propiamente proletaria, se traslada a concepto central de análisis político en Gramsci. Sin embargo

⁴ El argumento ontológico sólo puede decir que no hay una lucha privilegiada. Pero la posibilidad empírica de que realmente no se conforme como identidad la clase es otro tipo de discusión: óntica.

⁵ La equivalencia entre identidad e interés nos parece una ecuación discutible desde el mismo campo marxista.

este último todavía retiene un mínimo de esencialismo⁶.

Pero la hegemonía, es uno de esos conceptos que surgen para poder dar cuenta de lo que queda afuera del marxismo propiamente dicho. También conceptos como “desarrollo desigual y combinado” vendrían a dar cuenta de una formación y dinámica social que no responde al esquema marxiano. Podríamos agregar más conceptos de este estilo (el de pueblo de Mao, por ejemplo). El que trata con cierta delicadeza Laclau es el de lumpenproletariado: en principio designaba todo lo que en el nivel más bajo de la sociedad no tiene lugar en la estructura productiva, y por tanto no tiene identidad, es un conjunto hegemonizable, cuya identidad se revela claramente como contingente (al ejemplo de Marx del *18 Brumario* le contraponen Laclau el de los condenados de la tierra de Frantz Fanon, donde estos desclasados terminan siendo férreos luchadores por la liberación).

Todos estos conceptos son tratados por Laclau como intentos de dar cuenta de algo que escapa al esquema marxista. Y por lo tanto, estos conceptos, tan discutidos y tan desarrollados por el marxismo mismo, paradójicamente, terminan siendo los sepultureros del marxismo. Así, para dejarlo claro, los conceptos políticamente más productivos acuñados por la tradición marxista, la socavan desde dentro.

Hay que notar que estos ejemplos conceptuales, remiten a prácticas políticas con cierto nivel de efectividad (la revolución de octubre, la larga marcha de Mao, etc.) por lo que cabría deducir que el marxismo tuvo efectividad allí donde faltó a sus propios principios⁷. Más puntualmente, tuvo éxito cuando pudo construir un pueblo, y esto lo hizo a expensas de la clase.

Dejemos por un momento de lado su análisis del marxismo y digamos algo sobre el carácter contingente de una formación hegemónica para Laclau. Notemos que *contingencia* significa que no hay fundamentos, no hay una lógica inmanente necesaria. La condición de existencia de una formación es exterior a la formación. Pero también da cuenta de que toda articulación es hegemónica, es el resultado de una lucha y que además, este resultado nunca constituirá identidades plenas. Sin embargo, no toda articulación es posible, ciertas demandas no pueden ser integrables, ciertos significantes vacíos son mejores que otros –históricamente-, etc. “Una demanda puede no ser incorporada a la cadena equivalencial porque se opone a los objetivos particulares de demandas que ya son eslabones de esa cadena” (Laclau, 2005: 155). La precondition tercera de que habla poco Laclau⁸ presupone algo así como una formación discursiva que le da estabilidad a la cadena de demandas. Se puede pensar en una formación discursiva popular, con su historia, sus ritos, sus instituciones de realización. Pero, agreguemos nosotros, toda formación no sólo es superficie de inscripción de las demandas, es también estrategia. Cuando se compone una identidad política hay en juego una estrategia. Hay en juego, en cualquier operación hegemónica, una estrategia que media entre ese sentimiento general de solidaridad entre los oprimidos y el significante vacío. Esto es, la estabilidad del “pueblo” depende también de los movimientos políticos estratégicos de sus líderes y dirigentes. Movimientos que pueden o no tener éxito. Está claro que una misma demanda, “trabajo” pongamos por caso, puede ser inscrita en diversas formaciones, unas intentarán responsabilizar de la falta a los inmigrantes, otras al imperialismo, etc. Pero la estrategia de resolución es distinta. Incluso es central la jerarquización de las demandas.

Así, se puede habilitar una discusión que Laclau parece obturar: qué identidad puede asumir un pueblo para correr menos riesgos de desarticulación.

6. Prioridad estratégica.

Podríamos empezar por releer la tradición marxista, no en términos ontológicos, sino en términos estratégicos. Podríamos abrir también la posibilidad de pensar a la identidad de clase, no como algo esencial, sino como una propuesta política destinada a hacer menos efímero al pueblo. Autores tan distantes como

⁶ Cfr. Laclau y Mouffe (2004).

⁷ Debemos hacer notar que la lectura que hace Laclau del marxismo se centra demasiado en lo que J. Sazbón (2002) llamó *Modelo Puro* de la sociedad burguesa y su dinámica. Modelo propuesto en 1848 y dejado de lado ya en 1850.

⁸ “la unificación de estas diversas demandas –cuya equivalencia, hasta ese punto, no había ido más allá de un vago sentimiento de solidaridad- en un sistema estable de significación” (Laclau, 2005: 99)

Adorno (2005) y Balibar (2000), indican que las líneas de análisis de Marx no pueden entenderse sino en el contexto de discusión con el anarquismo y fracciones del sindicalismo que pregonaban una lucha que olvidaba parte del problema: las condiciones de producción y reproducción social⁹. Es decir, se podría *releer* parte del marxismo en términos de propuesta de articulación política tendiente a hacer más sólida la cadena de equivalencias que articulan al pueblo (o también, se podría leer las intervenciones de Marx como una propuesta para la jerarquización de demandas).

Somos conciente de al ambigüedad de Laclau respecto a la “estrategia”. Por un lado la obra que lo pone en primer lugar en la discusión política contiene este término en el título. Además, dice que su postura teórica surge de considerar los escollos a la estrategia socialista. Pero más recientemente dice: “uno de los supuestos básicos de esta concepción (el socialismo clásico) era que la identidad de clase de los actores estratégicos permanecía inmodificadada durante todo el proceso político. Para Kautsky, la estricta identidad obrera de los actores socialistas constituía un dogma fundamental. Para Lenin, las alianzas de clase no transformaban las identidades de las fuerzas involucradas (“golpear juntos, marchar separados”). Y para Trotski la estrategia total de la revolución permanente sólo tenía sentido si el abordaje de tareas democráticas por parte de la clase trabajadora no contaminaba ni los objetivos ni la naturaleza de esta última”. (Laclau, 2008:134.). Y sólo presuponiendo estas identidades rígidas podemos hacer la distinción entre estrategia y táctica.

Pero está claro, incluso en la formulación que le da Laclau, que la identidad de clase es una construcción política y no un hecho social, en todo caso, en la referencia a Trotski, se propone que las tareas democráticas no contaminen a la clase. Es una prescripción. Pensar el problema de la identidad de clase como un problema de estrategia política difiere de pensarlo como un problema de ontología social. Si es cierto que hay cadenas y cadenas, significativa y significantes, también vale la pregunta por la mejor forma de construir hegemonía, y esta pregunta tiene que ver con estrategias para articular demandas, para darle su espacio de inscripción conveniente y no cualquier espacio. Si “Perón” fue un significativo vacío que articuló demandas que luego resultaron completamente incompatibles, es difícil pensar que esto no remita a otras identidades/estrategias articuladas dentro del significativo “Perón”. Entre el significativo y las demandas hay un gran campo que debe ser pensado con más precisión.

Esta idea de *prioridad estratégica* sin embargo, parece reintroducir la dimensión de profundidad en las cuestiones políticas. Nos tendremos que preguntar entonces ¿Puede haber demandas más centrales que otras, sin que esto conlleve prioridad ontológica? ¿Es esto incompatible con la propuesta de Laclau que separa lo ontológico de lo óntico?

Bibliografía.

Adorno, Theodor (2005), *Dialéctica negativa*, Madrid, Akal.

Balibar, Étienne (2000), *La filosofía de Marx*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj (2003), *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, FCE.

Laclau, Ernesto (2008), *Debates y combates*, Buenos Aires, FCE.

Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

Laclau, Ernesto. (1996), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Laclau Ernesto; Mouffe Chantal (2004), *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos aires, FCE.

Sazbón, José (2002), “Crisis del marxismo: un antecedente fundador” en *Historia y representación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones.

Žižek (2005), *La suspensión política de la ética*, Buenos Aires, FCE.

⁹ José Sazbón (2002) da cuenta de la ruptura de Marx –y su línea- de la Liga a partir de la discusión sobre las condiciones propicias para una revolución. Para Marx, llevar una revolución al socialismo depende por un lado del aprendizaje de las masas, y, por otro, de las condiciones de crisis de la economía.